

**La transformación del paisaje.
Cuando el proceso de la obra puede ofrecer más***
The transformation of the landscape.
When the building process can give more

Jean-Claude Vidaling, Camille Le Bivic y Florent Vidaling**

Recibido: 10 de abril de 2016
Aprobado: 30 de junio de 2016

El siglo XXI está elaborando nuevas visiones y propuestas en torno al paisaje. El paisajismo es una disciplina con las herramientas necesarias para tratar de controlar esa obsesión enfermiza por construir y cubrir la tierra con cada vez más elementos artificiales. Esta actividad profesional, que va mucho más allá de sembrar árboles, encara una nueva relación con los materiales, con las texturas, con las superficies que se asientan o cubren el territorio. Las propuestas paisajísticas actuales más interesantes son las que apuntan, antes que nada, a promover nuevas relaciones de los seres humanos entre sí y de estos con el paisaje. **(Nota del editor)**

INTRODUCCIÓN

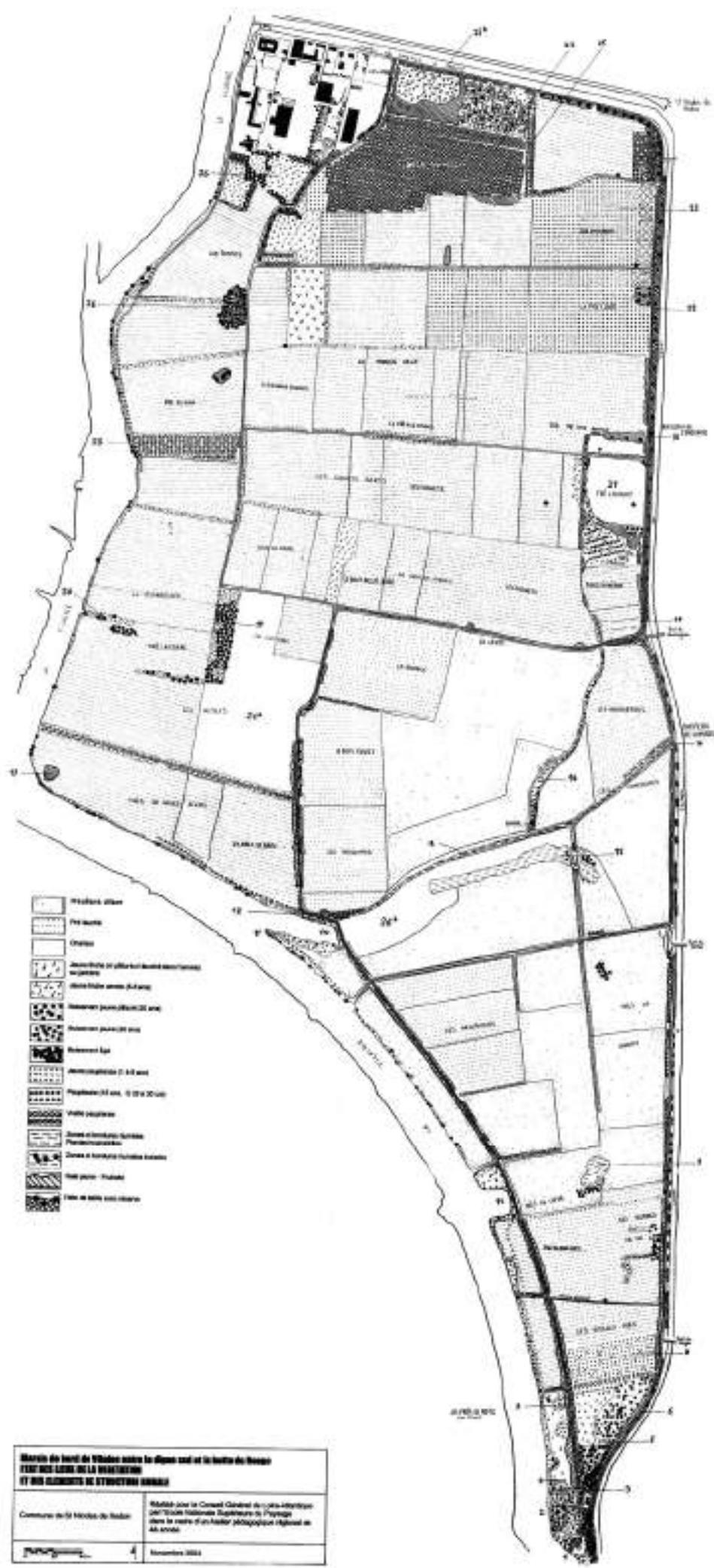
Somos tres arquitectos franceses, de dos generaciones distintas, que compartimos las mismas preocupaciones frente a la evolución de la arquitectura y del paisaje a inicios de este siglo. Proponemos, a través del artículo, dos enfoques. El primero, “La transformación del paisaje”, explica el proyecto paisajístico que continúa haciéndose en un antiguo lugar industrial de Bretaña, al oeste de Francia. El segundo enfoque, “Cuando el proceso de la obra puede ofrecer más”, se interesa por entender la obra como una etapa no tan efímera.

* Este artículo se compone de dos partes. La primera es la descripción de un proyecto paisajístico promovido por su autor y la segunda es una reflexión sobre el proceso constructivo de una obra.

** **Jean-Claude Vidaling.** Arquitecto (Escuela nacional superior de arquitectura de Nantes, Francia). Máster en Ciencia y Técnica “Planificación y valorización de las regiones” (Universidad de Rennes I, Francia).

Camille Le Bivic. Arquitecta (Escuela nacional superior de arquitectura de Nantes, Francia).

Florent Vidaling. Arquitecto (Escuela nacional superior de arquitectura de Nantes, Francia), diploma de urbanismo (Sciences Po Paris, Francia).



La transformación del paisaje

Jean-Claude Vidaling

¿Cómo se puede hablar de paisaje, tratándose de un tema tan amplio?

Propongo plantearlo a partir de una experiencia personal y grupal que se vive en apenas unas hectáreas. En un antiguo sitio

industrial abandonado por causa de riesgos naturales (inundaciones del río que lo toca), el *Transformateur* (que podríamos traducir como “Transformador”), involucra voluntarios, estudiantes y artistas motivados por el placer de intervenir en un sitio, con la naturaleza y con la participación colectiva.

UN PROYECTO ASOCIATIVO PARA UN SITIO POCO ORDINARIO

El proyecto asociativo “Los amigos del Transformador” se ubica en Saint Nicolas de Redon, al oeste de Francia. Tiene inicio en los estatutos de la asociación así como en el encargo dado por las autoridades departamentales.

Bajo ese encargo, responde a varios objetivos:

- Desarrollar un “pensamiento jardinero” (el jardinero como individuo que inventa y forma el espacio haciendo su jardín), basado en el uso de recursos existentes.
- Privilegiar la economía de acción y de transporte de los materiales en los proyectos de ordenación.
- Tratar, en base a experimentaciones, de desarrollar el sitio fomentando el cuidado de la biodiversidad.
- Iniciar experiencias nuevas en los espacios que contribuya a la viabilidad, la gestión, así como nuevos modos de mantenimiento de proyectos. Eso a través de la construcción de pruebas a tamaño real.
- Favorecer la instalación de obras pedagógicas, reuniendo personas con perspectivas diversas para enseñar y mejorar competencias y actitudes.



¿Es esto un paisaje? ¿Es un paisaje bello? Probablemente no para mucha gente. A priori, un paisaje está ligado a la visión de un cuadro de naturaleza indómita (una montaña, un río) o trabajada (campo cultivado). En primer o segundo plano, suelen aparecer construcciones humanas, unos animales o personajes discretos. Un paisaje está asociado, por lo general, a lo romántico, agradable o ligeramente atormentado (en el caso de una tempestad).

En el proyecto del *Transformateur* tenemos losas de asfalto y concreto, hangares en ruina, muros pintados por grafiteros: ¿puede ser esto un paisaje?



Aelbert Cuyp. Paisaje de río con jinetes y campesinos (1658)



Grant Wood. Arado de otoño (1931)

Podemos considerar que también hay una atracción por esa forma de paisaje en ruinas, por esos lugares donde la naturaleza penetra en los muros. Lo que atrae a cierto público es el sitio, lo insólito, pero también la naturaleza, el espacio salvaje, la convivencia, el gesto gratuito y estético, liberado de cualquier finalidad económica.

Entonces hay grandes disparidades en la visión del paisaje, pero también hay un aspecto común a una cierta escala: un espacio exterior que estamos mirando, que estamos viviendo, que estamos recorriendo. En resumen, un espacio vital, que se distingue del espacio interior de las construcciones y se distingue también de entidades más grandes, fuera de lo visible: la región o el país.

El *Transformateur* tiene un objetivo: aprovechar la naturaleza y las construcciones que todavía están, para acompañar el cambio que provoca la vegetación conquistadora y los edificios debilitándose: ¡al revés de lo que ocurre generalmente! Lo usual es que los paisajes se vean atacados y estropeados por la urbanización, por construcciones, instalaciones y zonas comerciales.

Hace tiempo, hubo un programa de televisión llamado “*La France défigurée*” (La Francia desfigurada), que abordaba el tema del patrimonio en peligro. Luego una revista hizo una portada titulada “*La France moche*” (La Francia fea), como pequeño contrapunto a lo anterior. Lo que generalmente ocurre es que nos arrepentimos y nos sentimos impotentes frente al paisaje degradado progresivamente, o no queremos ver otra cosa que sitios estupegados, expuestos a la promoción turística.

En el *Transformateur* actuamos desde el paisajismo, pensamos, conversamos, tenemos objetivos y los experimentamos, aprovechando la propia realidad. Si la vegetación se infiltra en la losa: bordamos la losa. Si los techos se abren: plantamos un bosque adentro. Con los materiales recuperados en el sitio reorganizamos los bordes, los cercos y los linderos.

En el “verdadero” paisaje no hay un responsable único que pudiera actuar: hay muchas fuerzas distintas que contribuyen a la formación del paisaje (las condiciones climáticas, la vitalidad de la vegetación, las actividades humanas, etc.).

A pequeña escala, se puede “jugar” como se hace en el *Transformateur*. A gran escala, son decisiones de la sociedad: cerca del sitio, hacia la ciudad de Nantes, hay una lucha a favor y en contra de la creación de un aeropuerto en el paisaje agrícola (en el actual pueblo de Notre-Dame des Landes), un caso parecido al de Chincheros en Cusco. Las decisiones político-económicas están comprometidas a distintos principios de los ciudadanos: tensiones importantes, luchas actuales: ¿qué es lo que queremos?

He trabajado durante años en el tema de patrimonio histórico y su transformación, con cuestionamientos similares. ¿Cómo el injerto contemporáneo se combina con el patrimonio? Nada es estático: todo vive, evoluciona, se debilita, se recicla. ¿Qué orientación dar al mantenimiento, la transformación, la ordenación?

En este proyecto acompañamos el retorno de la naturaleza a un sitio modificado por



décadas de actividades industriales: el objetivo es controlar, con dispositivos discretos, la evolución natural para mantener una cierta funcionalidad: permitir los flujos de agua (problemas de inundación), abrir el espacio al público (ocio y esparcimiento, experiencias artísticas y paisajísticas, jardinería y ganadería).

A menudo, en el paisaje, las finalidades económicas son las fuerzas de transformación más potentes: productividad agrícola, actividades de construcción, disposición de carreteras, líneas de tren de alta velocidad que impactan mucho el paisaje.

El paisaje como herencia fue trabajado por sociedades constituidas por núcleos de tradiciones y culturas distintas, con posibilidades técnicas limitadas, pero actuando en largos periodos. Eso provocó paisajes muy típicos: por un lado, andenes que son enormes relieves, en otro una escena boscosa o un tejido de campos delimitados por setos vegetales. La arquitectura vernácula en Francia muestra la diversidad que hay de regiones y al mismo tiempo una gran homogeneidad al interior de cada región.

Al mismo tiempo, se dan disposiciones y formas de evolución amplias y generales que afectan casi simultáneamente a todas las regiones y países. En nuestra región, al oeste de Francia, las ciudades están rodeadas por inmensas zonas comerciales. En los pueblos se construye “cajas” presentadas como “modernas”, que en realidad es lo más fácil de producir, sin cultura, sin tradición. ¿Cómo pensar el futuro?

En el *Transformateur*, el terreno (y los edificios) fueron comprados por la colectividad pública de la región como parte de un programa de preservación de lo que llamamos “espacios naturales sensibles”, término difícil de traducir. El objetivo del programa es preservar y abrir ciertos lugares al público, espacios naturales abandonados, para que se puedan mantener y dar a conocer.

Actualmente existen una cantidad de medidas legislativas para proteger el paisaje y la arquitectura. Una ley llamada “ley litoral” limita la urbanización a lo largo de la costa. Los planes locales de urbanismo permiten –entre otras cosas– limitar las

construcciones por el espacio agrícola (interdicción de construir fuera de zonas construibles, densificación donde ya está construido). Los edificios excepcionales están registrados como “monumentos históricos” y la transformación está muy vigilada. Es decir, todo lo que lo rodea, en un largo perímetro, debe tener permiso.

A pesar de todas las herramientas legales, el paisaje se va debilitando: se impone los mismos comercios, los mismos óvalos, la “no-arquitectura” se desarrolla y banaliza el entorno. Solo la demanda, la necesidad, la voluntad de ciudadanos a favor de intervenciones más livianas, reversibles, más cualitativas, pueden pesar frente a la concepción de la pura inversión y cambios masivos que no consideran el medio ambiente.

El interés de una experiencia como el *Transformateur* es sensibilizar a las personas al paisaje, paradójicamente, en un sitio industrial en ruina. Este es un lugar de formación y de difusión, con proyección de películas y exposiciones dirigidas en el sitio a las que acuden estudiantes de secundaria y universitarios, de las carreras de paisajismo, arquitectura, artes y otras.

Sólo se construye bien con gente sensible a la calidad estética, a los materiales y al medio ambiente. Cuando una experiencia como esta tiene repercusiones mediáticas se puede cambiar progresivamente la mentalidad.

Hay mucho por hacer, el número de experiencias positivas aumenta: los huertos colectivos se vuelven cada vez más común; existe demanda para construcciones con materiales más sanos y locales (por ejemplo, evitando el uso de madera exótica para impedir que continúe la deforestación en África, Asia o Amazonía).

Lamentablemente una realidad económica y cultural hace que muchos ciudadanos estén fuera de estas preocupaciones: acuden masivamente a centros comerciales, viven en viviendas y zonas industrializadas y, por tanto, hay poca probabilidad que se preocupen de la calidad del paisaje.

En Francia, los principios de la construcción en los últimos 70 años hicieron mucho



daño. La agricultura intensiva contamina la tierra y el agua. Las operaciones que llamamos “remembrement” (se trató de juntar pequeños predios y reorganizar las tierras para que cada explotación agrícola tenga parcelas amplias y no varias pequeñas) fueron planificadas por todo el país. En el oeste de Francia, en la región de Bretaña, esa política provocó la desaparición de muchos árboles y el nivel de biodiversidad bajó con los cambios paisajísticos.

Frente a eso, el *Transformateur* es un proyecto pequeño, pero el principio es: “nada sale, nada se trae, todo se reutiliza”. No es una regla demasiado rígida ni absoluta, pero es una guía importante que inspira todos los cambios. Por ejemplo, los bloques de asfalto o de concreto que vienen de demoliciones, están usados otra vez para hacer muros. Así para cada obra se busca materiales del sitio mismo.

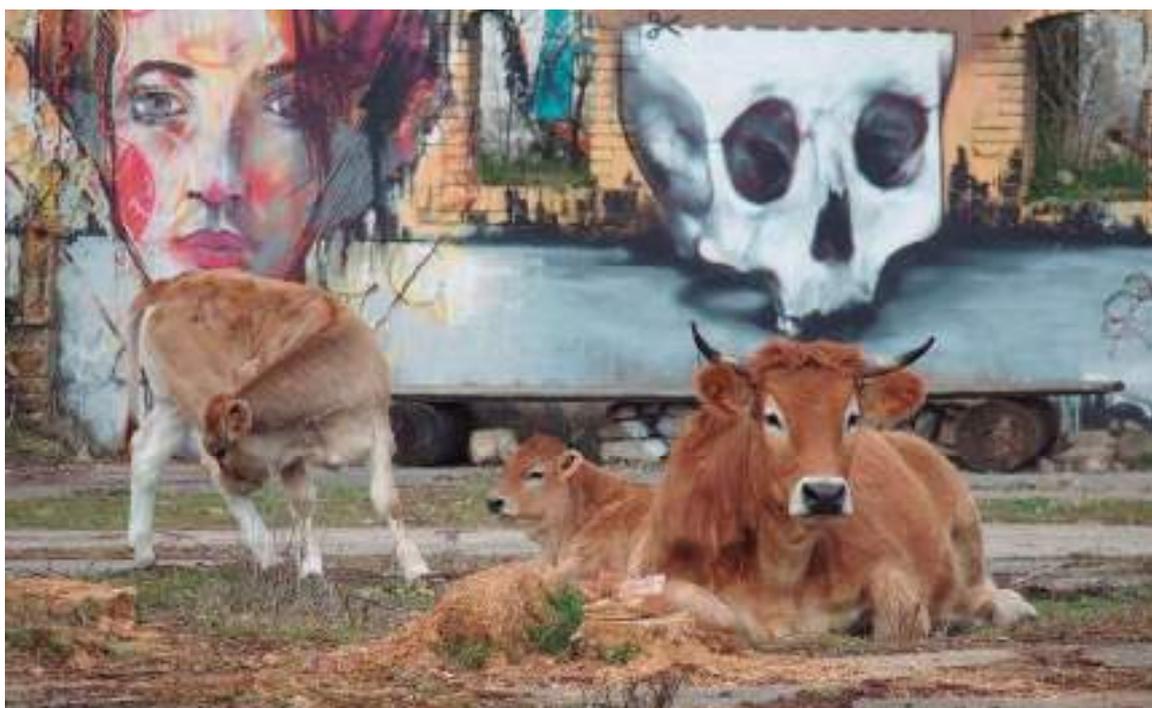
Un paisaje también es un espacio que se disfruta, estimulado por seres que viven, se

mueven, sienten y animan el paisaje: unos pájaros, unos hombres, un tren.

Tal como en los cuadros románticos de paisaje, en nuestro proyecto se cruzan estupendas vacas, las cuales ayudan al mantenimiento del sitio, pero además dan mucha satisfacción al grupo de voluntarios que las cría. Y al final del ciclo (como todo se transforma) la carne producida en el sitio sirve para comidas colectivas durante los momentos de obra.

La experiencia del *Transformateur* es interesante porque hay personas muy diversas que son afectadas o se sienten implicadas con su participación, otros son espectadores, visitantes, observadores. Aquí se cruzan, intercambian ideas y siguen difundiendo la experiencia sensible del paisaje.

Quizás ese es el punto principal en la concepción del paisaje, expresada en preguntas que entre todos intentamos responder: ¿qué se está viviendo? ¿cómo y en qué condiciones sensibles? ■



Todas las imágenes de este proyecto han sido proporcionadas por Jean-Claude Vidaling.

UN BOQUETEAU EN VILLE

ou comment réveiller la nature de nos sols urbains



Colloque

gratuit et ouvert à toute personne intéressée
par la vie sauvage en ville

Conférence – débat / visite démonstrative sur site
Salle Etrillard – Saint-Nicolas-de-Redon (44460)

Inscription avant le 10 novembre

Contact : 02 99 71 59 50 / lesamisdutransfo@free.fr

Cuando el proceso de la obra puede ofrecer más.

Camille Le Bivic y Florent Vidaling

El paisaje es como un palimpsesto en el que trazas de sociedades se inscriben, se atenúan o se borran, haciendo evidente la evolución de necesidades, de usos y de acontecimientos. En ese sentido, el antropólogo Philippe Descola¹ habla de capa de estímulos, a partir de la cual cada observador lee o se imagina las capas que se sucedieron. Esa invitación a sentir y conocer, destaca la cuestión evocada antes: es decir, en la concepción paisajística ¿la mirada no tendría que enfocarse en lo que vive, cómo lo hace y en qué condición sensible?

A partir de ello proponemos el enfoque de la arquitectura como paisajismo y, particularmente, en la obra como etapa paisajística. De hecho, si este proceso de especialización concreta del proyecto inicia la evolución morfológica y los usos del sitio, entonces participa directamente del paisaje.

1- El marco común de la obra

Para empezar, mejor describir sumariamente lo que implica la noción de obra para muchos. Esta sería la fase de construcción y de concretización del proyecto, generalmente considerada como etapa pesada para todos los actores. Por un lado el cliente que se beneficia y finanzia el proyecto, representa el guardián del presupuesto y tiene obligaciones en la ocupación del sitio. Por otro lado, el equipo dirigido por el arquitecto es responsable de la concepción, la selección de empresas y la construcción del proyecto, así como de las decisiones, la seguridad en la obra, los sobrecostos y la demora. Decide para el cliente, en un ámbito reglamentado y fijado por tres instituciones: el Estado con el derecho de la construcción; la profesión a través del Colegio de Arquitectos y los aseguradores con los asuntos de riesgos y garantías. En fin, la obra es el espacio de trabajo para las empresas, que son obligadas a manejar determinados conocimientos, habilidades, precios y fechas con los cuales se comprometen, independientemente de los avatares.

Vemos ahí la diversidad de actores, que se multiplican y dividen en el tiempo, frente

a la arquitectura vernácula. Eso con el objetivo inicial de proteger a la gente de distintas partes y de hacer específico el papel y las responsabilidades frente a un encargo, según las capacidades y decisiones. Pero actualmente, la implicancia de actores, de una economía, de espacios, de temporalidades y al final, de intereses cada vez más divergentes, nos conduce a percibir la obra como espacio de negociaciones y conflictos.

Sin embargo, ese espacio es, igual y especialmente, donde se crea el proyecto y se transforman los lugares. Donde se elabora tanto una cultura constructiva y colectiva, como habilidades individuales, constitutivas del paisaje.

2- La esencia de la obra

Aquí lo que nos interesa entonces es la obra que anima los usos y las formas. Si esa etapa es generalmente determinada por un lugar, un tiempo y una acción, en realidad muchas definiciones se ofrecen al arquitecto como a los distintos actores del proyecto. Así tenemos:

- la obra que transmite el proyecto
- la obra como espacio que sobra
- la obra como espacio de conocimientos y recursos

La obra que transmite el proyecto

Mirando el proceso estandarizado del contrato de construcción y ligando al cliente con el equipo de concepción, la obra aparece como fase del encargo. En ese sentido, la obra se ubica en un sistema reglamentado, garante de un escenario económico, espacial y temporal para los distintos actores. Más allá de este acuerdo compartido, se puede empezar la obra antes del dibujo, o dejar el local temporal de obra una vez que el edificio esté acabado, para dejarlo un tiempo disponible, una temporada más.

De algún modo, es lo que proponen ciertos proyectos que tienen esa facultad de activar los espacios y los actores antes de lo previsto. Entre ellos, los proyectos de la oficina *Construire*, llevada por Patrick Bouchain, en los cuales se puede residir en la obra². Consigue abrirla al público puntualmente, pudiendo solicitar y asociar rápido los diversos

actores junto al acto colectivo de construir. Efectivamente, el tiempo y el espacio propio a la obra, permite que la vida se desarrolle potente, pero la mayoría del tiempo escondida.

De hecho es lo que intenta revelar la artista estadounidense Taryn Simon, trabajando sobre la obra de la Fundación Louis Vuitton en París³, y en la cual se interesó por la historia del edificio a través de sus primeros habitantes que son los distintos constructores. Cada actor tiene un punto de vista, conoce un secreto o anécdota, se apropia de un espacio o material. Sería difícil y triste pensar que existen obras dispensadas de un dibujo atrás de la pintura, de un ritual de construcción, de la desaparición de un lápiz como de un cable, o de la aparición de objetos insólitos en la cimentación. A partir de ahí, si los actores-constructores son los primeros usuarios de los lugares, ¿por qué no integrarlos –a ellos y sus usos– al proyecto y al sitio desde que llegan?

Desde el “gigot-bitume”⁴ (“cordero-asfalto”, comida propia de la obra) hasta el restaurante de la obra abierto al público, no hay tanta distancia. El restaurante instalado en 2007, durante la obra de la Escuela de Arquitectura de Nantes⁵, por Anne Lacaton y Jean-Philippe Vassal, es un ejemplo que funcionó. El local de obra (vestíbulo, sala de reunión, sala de estudios) se orienta por parte a la calle, dando a conocer el proyecto. Los flujos y las historias se instalan antes de los usos oficiales, e inician paulatinamente cambios en el cotidiano del barrio. Por otro lado, la lógica puede invertirse, en vez de orientar la obra hacia el espacio público, puede ser el público que integra la obra. Eso es lo que desarrolla en los años 1990 el proyecto USINA CTAH⁶ en Brasil. Donde los constructores son a veces habitantes, llegando al proyecto antes de tener las llaves de su vivienda.

La obra como espacio que sobra

La obra suele ser sinónimo de ruido y polvo para los habitantes, o de demora y sobrecostos para los clientes. Sin duda se considera más las externalidades negativas de la obra que las positivas. ¿La relación puede cambiar? Si la obra es tratada como una isla

temporal o a lo mejor un espacio intermedio, también puede abrirse y contar más, dando a los actores más poder en el espacio, estimulando así la curiosidad, la participación y la imaginación.

Para seguir con el tema de los espacios que ofrece la obra y del hecho que un local que ha servido temporalmente pueda permanecer más tiempo, los proyectos propuestos por Hundertwasser en favor del derecho a la ventana y de los árboles inquilinos son referencias valiosas. A través del “derecho a la ventana”⁷, el habitante es libre de apropiarse de la parte de fachada que es accesible con su mano desde su propia ventana. Es una forma de participar en la ciudad a través de un espacio de apropiación por parte del habitante, alterando ventanas que habitualmente se repiten, constituyendo una imagen monótona de la ciudad. Los árboles inquilinos representan otro concepto. Forman parte del sistema del edificio (ocupan una determinada área, reciben agua de los habitantes y proporcionan espacio vegetal a mayor escala que un balcón). Por otra parte, acompañan el espacio público del edificio. Es una forma de imaginar la escala del edificio y de la obra mientras se realiza el edificio, como una unidad de vida donde el paisaje espacial y social está en constante evolución.

La obra como espacio de conocimientos y recursos

El colegio Santa Elena de Piedritas en Talara, Piura, diseñado por los arquitectos Carlos Restrepo y Elizabeth Añaños, permite ver una práctica de proyecto realmente contextualizada en la costa norte del Perú. El balance de las habilidades y de los materiales disponibles en el sitio aparece como base de la concepción. El proyecto se realiza a partir del metal recuperado en un espacio donde se deposita. Más allá de los constructores, los futuros usuarios –profesores y niños– están invitados a talleres para intercambiar ideas sobre las necesidades y la posibilidad de participación de cada uno. Aquí el esfuerzo está focalizado sobre las soluciones, sobre qué hacer con los recursos existentes.

De la misma manera, pero en otra escala y en otro contexto, Frédéric Bonnet y la

oficina OBRAS hicieron un proyecto público para St. Etienne, en Francia, que les permitió trabajar con un consorcio de empresas específicas. ¿Cómo hacer para trabajar y formar empresas locales en un mercado público? Al final se trata de escribir un pliego de condiciones generales, cuidadoso de la construcción y de las externalidades positivas producidas por la obra. Esto se realiza con la intención de favorecer el paisaje que se va a crear.

Tal como un terreno agrícola que va cambiando (por tema de la explotación de la tierra, dependiendo de los recursos, de la fuerza de trabajo y del capital invertido, para llegar el producto –al proyecto–), la obra es

un espacio de recursos y de producción que contribuye al paisaje y a la arquitectura. Concretiza conocimientos y necesidades propias a un momento y a una sociedad. Y es en ese sentido que la obra es vector específico de arquitectura y de paisaje.

Al final, tratamos de entender el valor de la participación de los recursos en el proyecto. Puede ser incluida por un balance de conocimientos y materiales disponibles en el sitio o por el rol concedido a los actores sobre el espacio. En cualquier caso, el tema sería estimular la curiosidad y la imaginación de cada uno, para aprender y contribuir al paisaje y a la conciencia de su metamorfosis. ■



Al frente de Bellas Artes. Apunte de Ricardo Flórez Rivas.

Notas

- DESCOLA P., cours du Collège de France, 21 de marzo de 2012.
- La maison de Sophie, taller permanente de arquitectura, Boulogne sur Mer, 2010.
- SIMON T., *A polite fiction*, 2014, Fundación Louis Vuitton, París.
- Comida organizada para celebrar la finalización del conjunto de la estructura, de ciertas obras en Francia. La carne de cordero se pone en una caja metálica y se cocina empaque-

tada con el calor del asfalto que se pone en la misma caja. Es decir, un sistema de cocción entre la pachamanca y la caja china.

- Solicitud de Philippe Bataille, entonces director de l'ENSAN.
- Centro de Trabalhos para o Ambiente Habitado, dans états de São Paulo, Minas Gerais et Paraná.
- HUNDERTWASSER F., *Manifeste de la moisissure contre le rationalisme en architecture*. Discurso del 4 de julio de 1958, Abbaye de Seckau.